

POD CASTS

¿ME CONVIENE ESTAR EN BOCA? ¿EN BOCA DE QUIÉN?

POR PABLO MANZANO

A comienzos de este año me topé con la convocatoria de una plataforma mexicana de pódcast narrativos. Estaban seleccionando historias breves para producir audios que luego podían escucharse en el teléfono móvil. Antes de enviarles algo, eché un vistazo a la web. El sitio parecía visualmente atractivo. Se podía ojear el catálogo de contenidos y las firmas, algunas más conocidas que otras. Daban ganas de estar allí y compartir espacio con Martín Caparrós y alguna otra estrella de la canción.

La historia que les envié, justamente, habla de una estrella de la canción, pero en un sentido literal y no literario, y de su contracara, León, un aspirante a rock star que no fue. Era una adaptación de una novela mía ya publicada (*El asesino de canciones*), resumida en un cuento de cuatro páginas (todo se puede resumir, dicen, salvo la guía de teléfono) escrito para ser leído en voz alta. Ahora que recuerdo, en la novela hay un personaje a quien le hago decir (como buen ventrílocuo que soy) algo que yo solía pensar entonces: “Leer en voz alta es una costumbre horrible”. Por supuesto que ya no lo pienso, quizá dejé de pensarlo desde el momento mismo en que lo escribí. Pero volviendo a la historia breve, la que le envié a la gente de México, parece que les gustó.

Más tarde, cuando leí el contrato, me pareció que (perdonen que no lo exprese en rioplatense) acojonaba bastante. 29 cláusulas que confirmaban la profesionalidad de esta gente. Iban en serio, sobre todo sus abogados (conservo el masculino genérico por la connotación negativa de esta profesión). Cedí mis derechos en “forma exclusiva y sin limitación” por cinco años, a cambio

del diez por ciento de regalías por las reproducciones de mi cuento en la versión de pódcast.

Me daba curiosidad cómo quedaría mi relato leído por un actor mexicano. Me daba pavor pensar en una adaptación excesivamente local. Estaba ansioso por escucharlo. Un día me comunicaron que la historia ya había sido publicada. Pero en el mail no había ningún archivo de audio ni un enlace para acceder al pódcast. Instalé la aplicación en el teléfono y entré en la plataforma. Mi historia figuraba entre las novedades, pero enseguida descubrí que para escucharla tenía que suscribirme (pagar). Sin suscripción, solo podía escuchar eso que llaman *teaser*. Lo escuché. Ahora no recuerdo muy bien que decía, pero en los diez segundos que duraba escuché *pinche, chingón y cabrón*. Palabras que, lo juro, yo jamás había escrito.

Les respondí con la petición de que me hicieran llegar el pódcast. Quería escucharlo de inmediato, saber hasta qué punto mi León (mi rock star malogrado) se había vuelto mexicano o si le gustaba Maná. Les dije que me bastaba con un link de acceso por 24 horas, tiempo suficiente para escucharlo y reírme, cabrearme o deprimirme. Pero me confirmaron que para escuchar mi historia (y las otras no sé cuántas que había en la plataforma, incluida la de Caparrós) tenía que escoger un plan y suscribirme. Me recordaron que la empresa invertía mucho dinero en producir las historias. En actores y actrices, en sonido, en horas de estudio, en diseño gráfico. Y que solo obtenían ingresos a través de las suscripciones. El argumento me parecía razonable, y el precio de la suscripción también. Si hubiera sabido cómo pagar con un teléfono móvil quizá me habría suscrito. Sin embargo, esta fue mi respuesta: «Me parece muy mal que quieran hacer de cada autor un suscriptor. Agreguen ustedes las “a”, o cambien las “o” por las “e”, así suena más francés (auter, suscripiter). Pero nada cambiará el hecho de que lo que hacen no está bien».

Al cabo de unos meses decidieron empezar a publicar una historia gratis cada día (para gente sin suscripción). Me informaron qué día saldría la mía. Y por fin pude escuchar el pódcast sin pagar.

No solo quedé satisfecho porque se había respetado el texto original, sin *pinche* ni *chingón*, sino también por el trabajo interpretativo del actor: la declamación, las pausas, el sentimiento

que le ponía al relato en primera persona. Una lectura en voz alta impecable, con gran calidad actoral. Un amigo escritor me dijo que al comienzo le había recordado a un doblaje mexicano, pero enseguida se había metido en la historia. Que aquel actor mexicano leyera la historia como si realmente la estuviese viviendo podría tener que ver (vaya ironía) con su nombre: se llama León Pablo, como el personaje y como su autor.

Otra gente amiga también quedó impresionada con la narración, como Jimena Néspolo y Javier Cozzolino. Fue Jimena, acostumbrada a tramar una revolución, un simposio, una nueva novela, unas jornadas, una retrospectiva, una velada sorora, una lasaña para ocho y un nuevo número de *Boca de sapo*, todo a la vez, quien se inspiró y me propuso una variante: crear un espacio de pódcast, pero distinto. Tenía que diferenciarse (forzosamente) de Amazon Audible y otras plataformas comerciales. El proyecto se perfilaba como un experimento con el encanto de lo rudimentario y, sobre todo, como una apuesta por lo literario. Sin intérpretes profesionales ni estudio de grabación, que cada cual le pusiera voz a un texto propio (que lo leyera como le diera la gana, siempre y cuando no encadenara un furcio tras otro) y que grabara con un teléfono celular. Así de sencillo. Libertad absoluta en la elección del material: podían ser textos narrativos (tanto cuentos como fragmentos de novelas), pero también poéticos o híbridos. Todo se gestó en un fin de semana. Había que ponerse a trabajar, reclutar autores y autoras para esta nueva sección de *Boca*, pero antes teníamos que crearla y lanzarla. Néspolo, Cozzolino y yo fuimos el grupo soporte (o el equipo de la reserva).

Se me endilgó la tarea de dar el puntapié inicial. Decidí leer el fragmento más salvaje y orgiástico de mi novela *Transatlántico*, worst-seller en 2021 (¿Eso fue autobombo o autobomba?). Luego se sumó Jimena Néspolo con su relato «El poeta constante», una sátira demoledora en la línea de Capusotto y Saborido (sin duda este poeta habría formado parte del viejo ciclo televisivo, si hubiese sido un programa de literatura y no de rock). El tercer pódcast para el lanzamiento de la sección lo grabó Javier Cozzolino, que leyó un capítulo de su novela *El deterioro del amor* (Textos Intrusos, 2018), un texto de ficción tan singular como su autor e inspirado en Leonor Silvestri. Después del grupo soporte aparecieron algunas estrellas y el espacio fue creciendo con otras voces.

En pocos meses la sección ya cuenta con más de veinte colaboraciones. La variedad literaria de las suce-

sivas entregas, además de amplísima, resulta estimulante: relatos directos y contundentes, pero también sutiles, oblicuos, sugerentes, poliédricos, para volver a escuchar una y otra vez; diarios ficcionales, crónicas sociales, narraciones eróticas, hallazgos poéticos y fantásticos, fragmentos de novelas que te dejan con ganas de leerlas. La diversidad también se percibe en las variantes regionales y los acentos de quienes escriben y leen: gente de Colombia, Argentina, España, Chile, Cuba...

Así fue cómo surgió la sección de pódcast de *Boca de Sapo*, para que creadoras y creadores lean y graben sus propios textos y puedan difundir su obra. Al ser un espacio abierto y gratuito, sin publicidad ni donaciones, las colaboraciones no se pagan ni se cobra para acceder a los contenidos (tampoco les pedimos a nuestros abogados que redacten contratos de 29 cláusulas).

Agradecemos a quienes ya han aceptado nuestra invitación y colaborado. Y rogamos a quienes se hacen rogar que lo consulten con su agente, su analista o su almohada (¿Me conviene estar en Boca? ¿En boca de quién? ¿Está Caparrós allí?) y que cuando dispongan de diez minutos de tiempo libre nos envíen un audio y una foto (una selfie ya vale, no hace falta la mano en la pera). Les aseguro que basta con echar un vistazo y escuchar para querer ser parte de este espacio.

ESTAMOS EN SPOTIFY!

